

Los Versos Angelicales

Primera edición



Los Versos Angelicales

Traducido del neerlandés

Basado en experiencias filosóficas

Les observations du Roi des Damnés et ses Princes des Morts

En amorosa memoria de

Tío Gilbert

1936 – 2022

Rubèn Cottenjé

Escritor: Rubèn Cottenjé
Diseño de la portada: Rubèn Cottenjé
Ilustraciones: Rubèn Cottenjé y Gilbert Retsin (Colección privada –
Lucifernum)
Editorial: Latin-Flanders vzw
ISBN: 9789465316260
© Rubèn Cottenjé

Toda semejanza con personas, hechos, actividades, ejemplos citados o
nombres de personas reales es mera coincidencia.

Tabla de contenido

1. Se besa en el espejo y susurra: ‘Me gustas mucho.’	p.11
2. Dragón de dos cabezas, Cáncer-León y Manifestador. Él.	p.27
3. Mi piel, mi manifiesto.	p.43
4. Un pueblo por encima de los pueblos y Filistina.	p.51
5. Hay una mujer que es virtud.	p.61
6. Ángeles. Figuras del alma.	p.83
7. Homo Naledi, el amigo espiritual y el comienzo de la religión.	p.103
8. Evangelium Mariae Poenitentis.	p.131
9. La santa paradoja: matrimonio, celibato y deseo oculto.	p.157
10. No os conforméis a este siglo.	p.189
11. El síndrome de Versalles.	p.197
12. La máscara satánica del Vaticano II..	p.211
13. Woke.	p.229
14. Lo verdadero, lo bueno y lo bello.	p.257
15. Trump, Orbán y la memoria de una civilización.	p.269
16. El Lucifernum, donde Brujas encuentra su sombra.	p.289

*'We are all in the gutter, but some of us are looking at the stars.'**

Oscar Wilde, 1892

*Todos yacemos en la cuneta, pero algunos levantamos la mirada hacia las estrellas.

1. Se besa en el espejo y susurra: 'Me gustas mucho.'

Decir que me hospedo en una de las ciudades más ricas y hermosas del norte de Europa, cuyos habitantes hablan como si fueran niños, comentó su amigo de Apeldoorn, psiquiatra, nada menos, mientras cruzaban juntos la histórica plaza mayor de Brujas. «No se oye otra cosa que una corriente de sonidos enlazados, balbuceos que apenas contienen palabras: kèrekiwére, tisdadde, kèjet, dogì...». «Todo el vocabulario de los brujenses podría extraerse del parque infantil», añadió, reforzando así su argumento. Y tenía razón. Todo debe avanzar, todo debe ir deprisa. También el idioma. Breve, contundente. La comunicación convertida en caricatura. Quien entiende, acierta. Ese es el sentido común del brujense.

Su amigo, aquel holandés, era psiquiatra. Y esperaba que sus pacientes no fueran más geniales, o más locos, que él mismo. Porque si lo fueran, sospechaba que la humanidad estaría en un peligro aún mayor del que ya sufre. Y eso sería grave. Gravísimo. ¿Podría Narciso convivir consigo mismo si, siendo un perfeccionista absoluto, llegara a reconocer sus propias imperfecciones? La locura se adueñaría de su genio, siempre apoyándose en la engañosa esperanza de que la genialidad nace de la locura. Pero él sabía que la esperanza no es más que un espejismo, una falsedad que se alimenta de la realidad dura. Lo único real es el presente: el ahora. Todo lo demás es esperanza. ¿No es así?

Pero ahora estaba solo. El sol poniente bañaba de oro la fachada del Palacio Provincial. Aquel edificio de piedra blanca se transformaba en la corona resplandeciente del neogótico. Contra un cielo azul profundo brillaba en todo su esplendor. Contemplarlo era sobrecogedor. So-bre-co-ge-dor.

Encendió un cigarrillo. En algún bolsillo interior dormitaba un sentido del tiempo. Las campanas dieron las ocho. Y él, brujense marcado por su trauma con los relojes, pensó: las ocho no existen.

Qué idea. Era viernes 25 de julio de 2025, un instante irrepetible. Todo lo que en el futuro evocara un recuerdo de este día llevaría consigo la huella de este momento: en qué vida, en qué lugar, con qué propósito. El 25 de julio de 2025 siempre exigirá su monumento, o al menos quedará registrado en alguna nota al pie de la historia.

Las almas simples se refugiarán en un viejo refrán: Ayer ya pasó, el mañana es un misterio y el hoy, o mejor dicho, el ahora, es un regalo. Sea como sea, nunca habrá otro 25 de julio de 2025. Único en su especie. Como el Belfort marcando las ocho con doce palomas reposando en su tejado y, al llegar el octavo tañido a las ocho y diecinueve segundos, quedando sólo una. Una paloma muerta. Vieja ya, pobrecilla. El primer golpe del carillón le provocó un colapso cardíaco. Una descarga fatal en su circulación.

No podemos ignorar que también el sol de verano, allí donde la paloma dormitaba a ochenta y tres metros de altura, se vio interrumpido por el estruendo brutal de la campana. Y el bronce vomitó su rugido sobre la ciudad medieval.

Era una paloma, sí, pero también una vida que se apagaba con dignidad. Una paloma que no sufrió en su final.

Otras palomas conocen finales más crueles. Algunas son arrolladas por un coche. Eso le ocurrió a él una vez, camino de visitar a un amigo cerca de Maria-Aalter. Cruzaba un puente a toda velocidad, sobre el canal, justo a la altura, no por casualidad, del café De Reisduif. En medio de la calzada estaba posada una paloma. No tuvo tiempo de alzar el vuelo y acabó bajo el chasis de su Mercedes 250C/8 coupé del 69. Al pasar, vio cómo una nube de plumas y plumón blancos se alzaba tras su coche, flotando como copos de nieve en el viento. Y aquello, en su crudeza, le recordó al cuento de Frau Holle, la Señora Holle, sacudiendo su edredón para que nevara sobre el mundo.

Él se convencía de que aquella paloma, en el mismo instante de caer, había entrado de golpe en el paraíso de las palomas. «Mujeres y palomas hacen que el dinero vuele», se dice en la lengua popular de Brujas. La lengua popular. Sí, la lengua popular. Precisamente porque allí donde se busca refinar el arte de la unión entre hombre y mujer mediante la inyección de etiqueta y protocolo, la voz del pueblo adquiere un tinte proletario. Detrás de cada gran hombre, dicen, hay una mujer aún más grande. Soit.

La voz del pueblo habla mucho, ¿verdad? La voz del pueblo incluso gobierna.

Otro recuerdo de palomas le vino cuando pensó en su hermano, ese que se autoproclamaba amigo de los animales, que criaba palomas en casa. Eran aún niños. De un huevo nació una paloma con una leve malformación.



Al cruzar el canal, una paloma fue arrollada.

De algún modo, aquella paloma, cuando ya había perdido el plumón y aprendía a volar necesitaba siempre una breve carrera, un pequeño impulso, antes de alzarse al aire. Pero en la casa también había un perro. Se llamaba Boris. Борис en ruso. El tío lo pronunciaba Baris. Boris era un bóxer juguetón, feliz entre los tres niños de la familia. Rebosaba energía. Y esa energía un día alcanzó también a la paloma, que de pronto acabó entre sus fauces. El ave, contra la voluntad misma de Boris, libraba su agonía justo en el momento en que los tres hermanos regresaban de la escuela. La madre lanzó un grito, Boris se sobresaltó y dejó caer de golpe la paloma de su hocico. El ave aún tuvo algunos estertores. Su hermano, con resignación, se consoló diciendo: Es la ley de la naturaleza, la voluntad de Dios.

Un tercer episodio con palomas lo vivió, quizá en 2017, cuando entró en el Lucifernum. El Lucifernum es un antiguo palacete urbano de 1756, situado en la calle Twijnstraat de Brujas. Allí vivía su buen amigo, el doctor Retsin. Lo encontró en el jardín, con un rifle de caza, una

carabina, como suele decirse en boca del pueblo. Lo vio apuntar, enfocar... ¡y bang! El retroceso del disparo se amortiguó en el hombro del doctor, a través de la culata del arma. Oyó entonces un peso desplomarse entre ramas y hojas, y caer con estrépito al suelo. El doctor Retsin se volvió hacia él y exclamó: ¡Me destrozan las canaletas con sus excrementos! ¡Las palomas! Son ratas con alas. No es dispararlas de los árboles lo que más me molesta, sino tener que limpiar después los cadáveres.

Recuerda la estampa familiar que atesora del restaurante De Witte Poorte, en la plaza Jan van Eyck. Aquel instante, tras el servicio de los platos, cuando se levantaban las cloches de plata y, como por sorpresa, aparecía una paloma desplumada, dorada al horno y reluciente en su propia grasa, con las alitas sin plumas atadas con un cordel a su pequeño cuerpo, lista para ser degustada. La paloma, bien preparada, es sabrosa, saludable y especialmente nutritiva. El exceso, sin embargo, puede acarrear males cardíacos. El exceso no era lo suyo. Pero volvamos al 25 de julio de 2025. No al sufrimiento de las otras once palomas del campanario, que al primer tañido de la campana emprendieron literalmente el vuelo. Sus diminutos cerebros carecen del más mínimo sentido de duelo hacia su compañera muerta. La difunta no será acompañada al amanecer con ceremonia alguna hacia el más allá, sino recogida con guantes de plástico por manos humanas y, conforme dictan los tiempos convulsos y reglamentados que corren, depositada en una bolsa amarilla de plástico, junto con otros restos polvorientos.

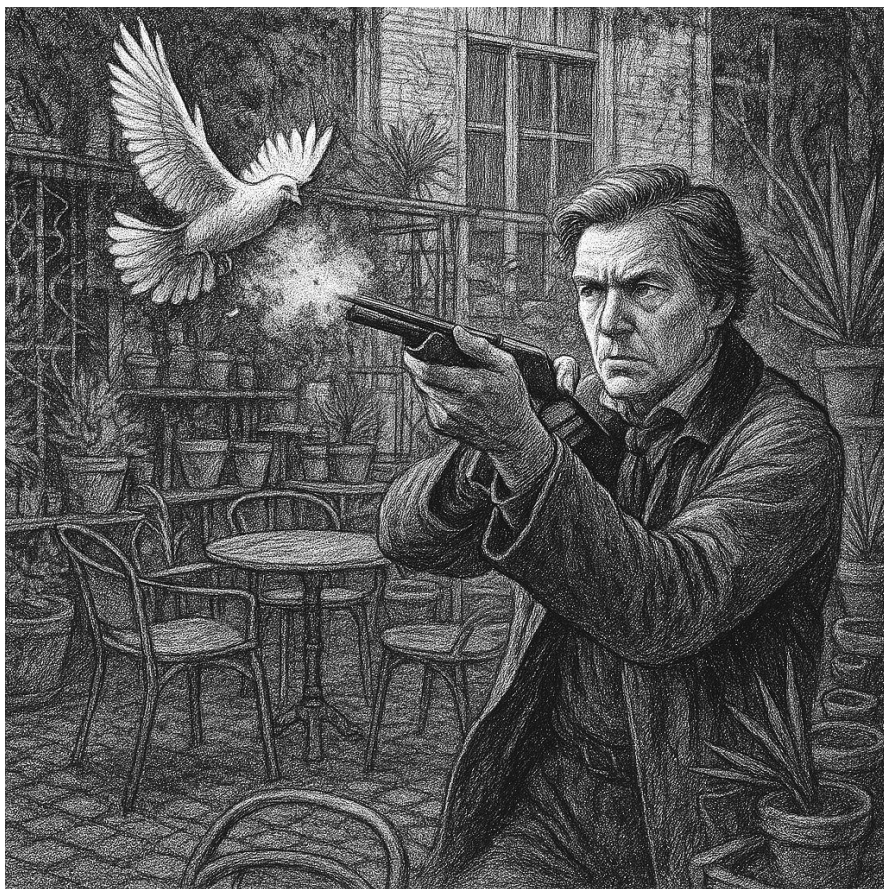
Una paloma no es nunca igual a otra.

Algunos dicen que se vive sólo una vez. Él no. Él vive cada día y muere una sola vez, en cada vida. ¿Verdad que sí? Hay personas de todas las formas: altas, bajas, robustas, frágiles, hermosas... y también aquellas que parecen hechas únicamente para decorar interiores, como un mueble más. En la escuela primaria ya se distinguen. Al repartirse las primeras notas se revelan: los niños de la alegría, los saucos llorones y los indiferentes. Estos últimos no saben lo que son las notas. Quizá eso sea lo más puro.

Pero las notas son notas. Da igual cómo se las mire. Incluso si se las abriga con lana pedagógica. Son lo que son: confirmación. Ya lo sabía la abuela, y ahora también la maestra. «Eres un hijo de Dios», decía la

abuela. Y uno lo creía, hasta que lo contrario quedaba expresado en cifras decimales.

Las buenas notas son como un aplauso a tu existencia. Las malas no confirman nada. Pero hoy ya no se llaman malas. No, ahora son “menos buenas”. Porque la sinceridad se ha convertido en un escándalo grosero. Ya no decimos lo que pensamos, decimos lo que toca. Y aun eso, con cierta cautela.



El doctor Retsin caza palomas, esas ratas del aire.

Los niños que desde pequeños son críticos, que no aceptan sin más lo que dicen maestros o padres, son vistos muy pronto como problemáticos. Pero eso no significa que no puedan sacar buenas notas. Su rebeldía natural desencadena un efecto dominó que hipotecará su futuro. No encajan en el molde que el sistema tiene previsto para ellos, por eso puntúan peor, pierden la motivación y malgastan su energía en

defender su propia controversia. Son seleccionados de antemano... o cancelados.

Así engañamos a Dios. O silenciamos al Diablo. Que viene a ser lo mismo. “Dios” y “Diablo” son ya palabras que sólo aparecen en la ficción o en expresiones hechas. Han sido desterradas de Bélgica, un país que gusta llamarse laico, aunque en realidad sea prudentemente ateo y, en el fondo, latentemente católico. Sobrio y pragmático. Hoy el precio se estima más alto que el valor.

Imagina que el rey de Bélgica terminara su discurso a la nación con un: «Y que Dios bendiga a Bélgica». El país estallaría. Se hablaría de injerencia indebida, de simbolismo arcaico, de teocracia indeseable. Mientras tanto, un presidente estadounidense pronuncia la misma frase sin problema alguno y nadie se inmuta. Hohoho. Todo depende de lo que estamos acostumbrados a oír. Y, por lo tanto, también de lo que estamos dispuestos a aceptar. El bien y el mal han sido desterrados al infierno del lenguaje. Ya no se nos permite llamar a nada “malo”. Decimos: “menos bueno”. Como si pusiéramos a un niño al borde de un precipicio y susurráramos: «Ha sido un salto subóptimo». Y siempre son aquellos que nunca han estado realmente heridos los que gritan con más fuerza que nadie debe ser herido.

Sus pensamientos se desvían, el comentario de su amigo holandés sobre la lengua flamenca se disipa como la niebla de la mañana. Son las ocho y cuarto. El carillón del Belfort de Brujas comienza a sonar. *Tulipanes de Ámsterdam*. Lo reconoce de inmediato. Y le provoca algo. No es intelectual. No es político. Es simplemente algo, algo cálido, algo real. Algo que nace en el pecho y llega a los labios en un silbido del que apenas es consciente. La melodía es sencillez. La canción es lo que es: una canción. No un manifiesto, no un panfleto, no una profundidad metafórica. Sólo la persecución de un sueño, disparado desde un ramo de tulipanes. Según la letra, hay tres maneras de entregar esos tulipanes: enviarlos, cortarlos, llevarlos.

Las dos primeras opciones son pasivas, distantes. Amor con un sello de correos. Pero en la tercera «cuando regrese te traeré tulipanes de Ámsterdam» tienes que estar presente. Con tu cuerpo. Con tus manos. Con tu aliento.

Hmm, piensa él, ahí está toda la diferencia.



La banda de rock en el café: *La Tristeza de Bélgica*.

El carillón.

En esta bochornosa tarde de verano flanea por la ciudad que huele a pasado. Brujas, con su atuendo medieval, con sus adoquines como arrugas y sus fachadas como testigos silenciosos. No camina, no. Flanea. Caminar es funcional. Flanear es una identidad.

Justo al girar la esquina de una calle que huele a piedra húmeda y leyendas olvidadas, resuena sobre los tejados. De las ocho troneras del campanario se derrama una melodía como vapor perfumado de una tetera: *Tulipanes de Ámsterdam*.

Su corazón sonríe. También sus labios. Casi sin pensarlo piensa: Por supuesto que yo querría traerte tulipanes de Ámsterdam. Tan galante es. Poético, además. Sólo que... ¿realmente hay tulipanes en Ámsterdam? Ha estado varias veces en la ciudad y jamás ha visto un campo de tulipanes. Ha navegado por los canales, ha caminado por los callejones, ha cruzado puentes y respirado el aroma de los coffeeshops. Eso sí. ¿Pero campos de tulipanes? Ni uno. Ni siquiera en el corazón de Ámsterdam: allí sólo las viejas casas inclinadas que parecen construidas sobre pilotes. El Rijksmuseum, la plaza Rembrandt, el Palacio Real en la Dam, el Barrio Rojo, incluso el Jordaan. Eso es Ámsterdam. Pero tulipanes... nada. En cambio, en Andijk, Enkhuizen y Bovenkarspel abundan los campos. Y también en Hoorn, donde la vista se pierde en hectáreas de color. Y más al norte, en la Kop van Noord-Holland, se encuentran los mayores campos de bulbos florales del mundo. Incluso al viajar entre Petten, Den Helder y Wieringerwerf, se despliegan paisajes interminables de tulipanes. La región entre el mar del Norte y el IJsselmeer se tiñe de flores. Pero en Ámsterdam, no. Que quede claro: no en Ámsterdam. Los tulipanes no vienen de Ámsterdam.

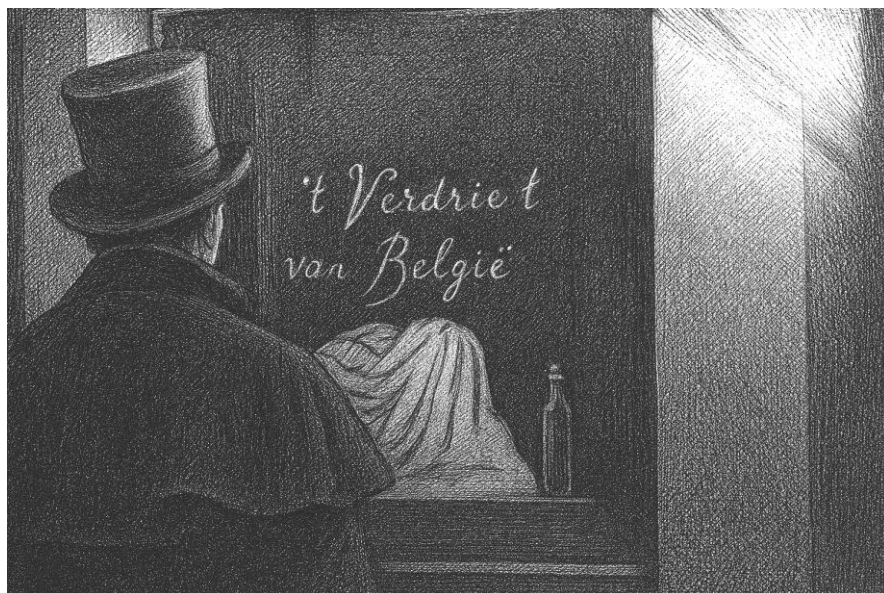
Alto en su torre está el campanero. En su celda de ladrillo, aislado como un ermitaño con pasión por las escalas musicales. Martillea, pisa, arranca música del carillón como un sacerdote arranca verdades de la Escritura. No por dinero, no por gloria, sino para ofrecer al pueblo de la ciudad un concierto que nadie ha pedido pero que todos parecen necesitar. Beethoven. Debussy. Un toque de Raymond van het Groenewoud. Dos muchachas, resonando sobre los canales. A veces Bach. A veces Brel. Ahora: *Tulipanes de Ámsterdam*.

¿No es hermoso? Un hombre que llena la ciudad con repiques de campanas. La ciudad que, según el clima y el viento, es a ratos agradecida y a ratos sorda. A veces se oye en todas partes. A veces no.

Así es Brujas. Él sigue flaneando. La canción en sus oídos. Una sonrisa en los labios y, en algún rincón de su mente, la absurda y tierna certeza: A veces el tulipán no viene de Ámsterdam. Pero el sueño sí.

La banda de rock.

Deambula. Ningún otro verbo encaja mejor con lo que hace a esta hora. Deambular. Como sólo puede hacerlo un hombre con pasado en las piernas y pensamientos en la sombra, por callejones medievales que huelen a piedra, hollín y viejos instrumentos de viento. A la derecha, a la izquierda, se mete en un callejón, dobla una curva y entonces... un



't Verdriet van België (*La Tristeza de Bélgica*) en la plaza Kraanplein.

estruendo. Un bajo profundo. No un sonido, sino un asalto. Los cristales centenarios tiemblan en sus marcos de plomo, como si la ciudad, por un instante, hubiera perdido la memoria. Él también. Pues apenas unos metros antes no oía nada, sólo el carillón, y ahora esto. Un campo de batalla sonoro, una contienda entre campanas celestiales y el instinto visceral del inframundo brugense. En la plaza Kraanplein se alza un pequeño escenario que pide disculpas por su propia modestia. Justo lo bastante grande para dos guitarristas y un percusionista con su batería, pero demasiado estrecho para el cantante, que se planta al frente y ruge hacia el público. El micrófono tiembla con su desesperación.

¿Lo que grita? No lo entiende ni un perro. Nadie. Él tampoco.

Probablemente protesta porque no está sobre el escenario. Pero, al escucharlo mejor, suena a “¡check!”. En inglés, por supuesto. Porque el inglés suena más rudo. El inglés disimula la inseguridad. El inglés parece profesional, incluso cuando lo pronuncia un brujense que en el Sint-Leocollege (*un colegio secundario en Brujas*) todavía recibía clases de latín.

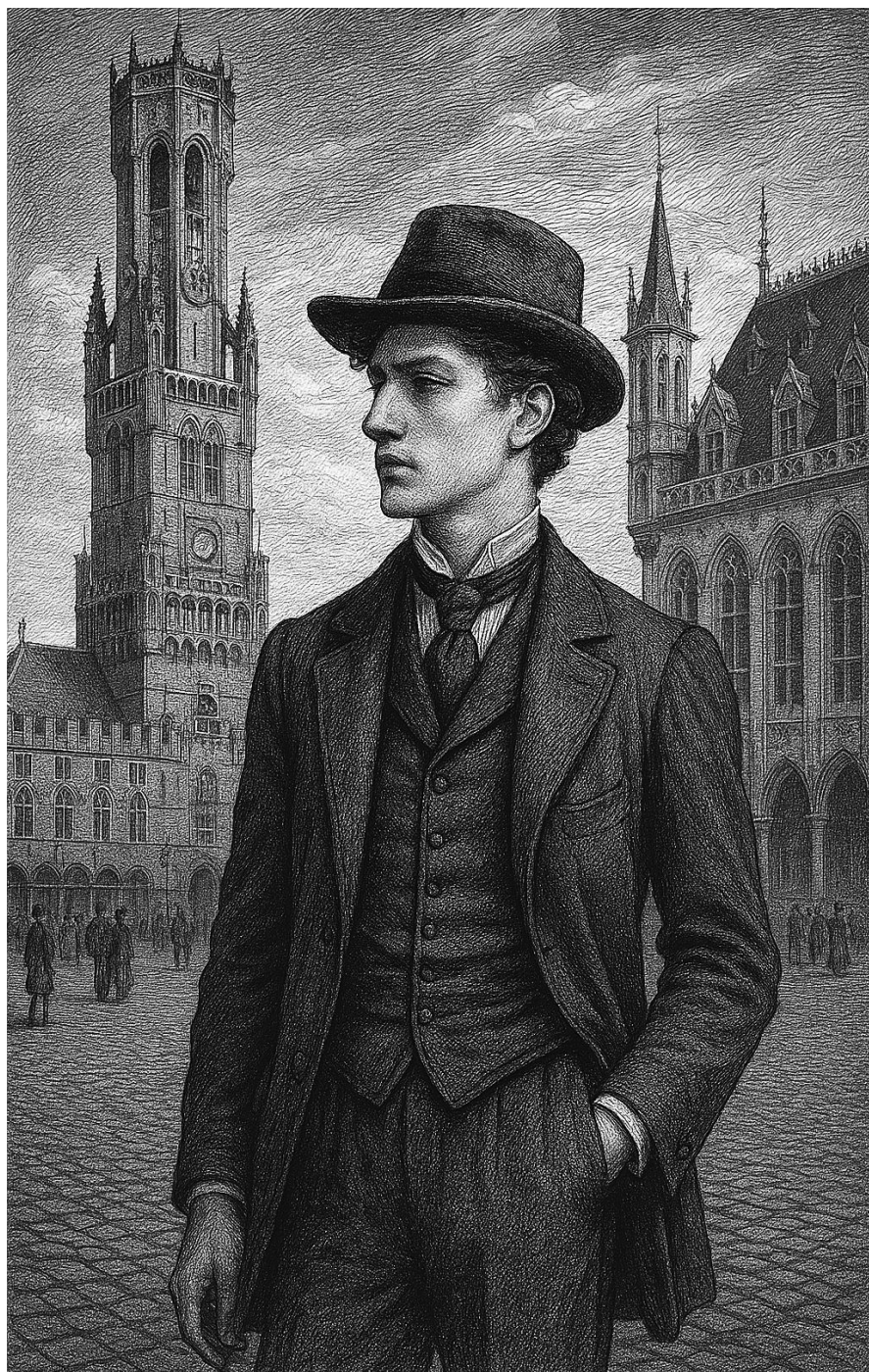
Se afinan las guitarras. La batería recibe golpes. El sonido no es tanto una introducción como una advertencia. Fragmentos de algo que pudo haber sido música, o que se disfraza de tal, retumban en la plaza, mientras muy arriba el carillón cultural persiste con elegancia en su música.

El vocalista, lo conoce de algún sitio, debe de ser brujense. El acento lo delata. Brujas tiene aire internacional, pero sigue siendo un estanque de gansos. Todos acaban por cruzarse. En realidad, le da igual. Porque reconocimiento no es conexión. Y menos aún en camiseta de tirantes. Todos las llevan, esas camisetas negras, descoloridas, sin mangas, con inscripciones ilegibles. No son moda, son declaración. Nacidas a mediados del siglo XIX como ropa de trabajo para campesinos y militares, renacen ahora como una especie de grito social: «Soy del tipo que no se deja lavar». La masa muscular es mediocre, el porcentaje de grasa decepcionante. ¿Y el cabello? Largo. Graso. Sin lavar. Aquí, el champú es visto como una forma de opresión.

Lo reconoce. Este tipo de bandas siempre ha existido. Tenía doce años cuando el fenómeno Cactus se instaló en la plaza Sint-Amands. Su padre tenía entonces un negocio allí. Recuerda cómo su mirada curiosa hacia aquellas figuras demacradas, rodeadas de cinturones, vainas vacías y cadenas, fue advertida por su abuela. Su veredicto fue tajante: arresto domiciliario. «Esa gente no es para nosotros», dijo. En sus ojos brillaba la misma curiosidad que en los suyos, sólo que ella había aprendido a camuflarla bajo la máscara de la desaprobación moral. Ahora él es adulto, al menos sobre el papel, y debe admitir que ha heredado buena parte de esa técnica. Su tío, a quien veneraba y al que llama tío, apoyaba a la abuela en aquel juicio. Soit, nos estamos desviando.

La Tristeza de Bélgica.

La técnica del escenario ya está ajustada. Dentro, en el café con el nombre apropiado *La Tristeza de Bélgica*, se asienten unos a otros con la cabeza. Todo está listo. El espectáculo puede comenzar.



Brujas, el dandi.

¡Y empieza! Aunque no se sepa bien cuándo exactamente. Con furia. La violencia estalla. Voces, gritos, riffs. El cantante, todavía debajo, delante, contra, pero nunca sobre el escenario, desgarrar su garganta como si quisiera salvar al mundo de sus propias cuerdas vocales. Su arteria carótida late como un sistema hidráulico. La camiseta sin mangas se le pega al pecho como una bandera húmeda a media asta. Un vientre plano aún pegado a la columna vertebral. Sí, eso está bien. Eso queremos. Más de eso. Lleva unos calzoncillos blancos de Tommy Hilfiger. Lo observa un instante más. El vampiro en él lanza una mirada codiciosa que se desliza por ese cuerpo que se exhibe sin saberlo. Bajo el sudor, los músculos que tiemblan, la piel uniforme donde se dibujan gruesas venas en los antebrazos. Sin sonrisa. Sin juicio. Sólo la sed lenta, profunda. Hay algo en la despreocupación de esos veinteañeros. Resplandecen en su piel. No parecen darse cuenta de que nunca en toda su vida volverán a ser más bellos que en ese momento. Habita en esa belleza despreocupada, en la piel sudorosa, en el cuello palpitante, en las líneas tensas de un cuerpo que se da por sentado. La sangre que corre por debajo ya no es una abstracción. Tiene color. Tiene temperatura, olor y ritmo. Siente cómo el viejo deseo se estira lentamente bajo sus costillas. No para desgarrar. No. Para admirar. Para acercarse. Para observar. Para probar, aunque sea con los ojos. Con los ojos.

No sonríe. No juzga. Observa. Escucha. En algún lugar, al fondo, el Belfort interpreta suavemente una fuga de Bach. El choque es total.

Está escrito en mayúsculas blancas sobre el elástico que rodea un vientre. Hilfiger. Tommy Hilfiger es para el yerno ideal. Para el hombre que los domingos se sienta a la mesa con los padres de su novia, da la mano con la presión justa y, cuando le preguntan por su futuro, responde educadamente: «ingeniero». Pero no para este chico. No para quien ruge en un micrófono como si al mismo tiempo estuviera de parto y lo echaran de su casa. No para quien lleva la melena grasienta como una corona. Qué ruptura de estilo. Qué blandengue.

¿A su alrededor? Una docena desordenada, sí, desordenada, de adeptos. Afines. Eso salta a la vista. Un pequeño rebaño de hombres que se reconocen entre mil. En fin: camiseta negra, vaqueros descoloridos, zapatos que un día fueron botas y ahora sólo conservan el olor. ¿Sus cabellos? Más grasientos que una freidora bien usada. La uniformidad

enternece: una especie de rebelión en uniforme. ¿Contra quién grita ese hombre, en realidad? Él mira. Él escucha. Él siente. Pero no hay una fibra en su cuerpo que se sienta interpelada. Lo que ocurre aquí no es un concierto. No es una actuación. Es masturbación en escena con un orgasmo en decibelios. Sólo que no en el escenario. No. Delante. En medio del público. A la altura de las terrazas. Sin filtro, sin contexto, sin razón.

El cantante, perdón, el vocalista, porque llamarlo “cantante” sería un sacrilegio, no deja de soltar palabras. Y de pronto: silencio. El ruido se apaga como un perro que, sin aviso, decide dejar de ladrar. Excitado, casi furioso, se mete en el café. *La Tristeza de Bélgica*. Un lugar apropiado. Porque si esto es Bélgica, entonces la tristeza está justificada. El público sigue murmurando. Un cuchicheo apacible. Sin vítores. Sin quejas. Sólo una resignación colectiva. Como el agua de la Reie que, agitada por el batir de un cisne que emprende el vuelo, golpea suavemente los muros cubiertos de pequeñas hierbas. La ciudad vuelve a respirar. Él suspira. ¿Dónde está Liberace cuando se le necesita?

Qué no daría por un gran piano cubierto de mosaicos de espejo. Por la luz de las velas brillando en gemelos de diamante. Por la teatralidad excesiva con guiño incluido. Por una belleza tan ostentosa que, de nuevo, se vuelve silencio. Pero no. Aquí no hay Liberace. Aquí, melena grasienta y rabia impostada. Aquí, estruendo de guitarras envuelto en un grito existencialista. Aquí, unos calzoncillos blancos sobre unos vaqueros rasgados. Él endereza la espalda. Mete la mano izquierda en el bolsillo. Con la derecha sostiene su bastón de paseo.



La Serenata de la Sombra
Colección privada – Lucifernum

«Y el Dragón dio al monstruo su poder, su trono y gran autoridad.»

Apocalipsis 13:2

2. Dragón de dos cabezas, Cáncer-León y Manifestador. Él.

Llega un miércoles, temprano. El treinta de junio. No por casualidad. Nada de casualidad. El agua de su madre se rompe mientras la ciudad aún duerme y el aire ya vibra con un calor abrasador que nadie puede soportar. A las siete y cincuenta en punto nace. En Brujas. No en la popular maternidad de San Juan, junto a la iglesia de Nuestra Señora, donde las voces de los niños resuenan como ecos del pasado, sino en las afueras de la ciudad. El *Hôpital des Sœurs Augustines de Meaux*. En boca del pueblo: la Clínica de San José. Un refugio neogótico de cuento, con fachadas escalonadas, arcos y torrecillas que se inclinan como cortesanos tímidos. Un lugar donde las paredes saben lo que significa el romanticismo.

Abandona el vientre materno bajo la corona de la luna creciente, nacido bajo el signo de Cáncer, con la mirada del León en el horizonte. Ascendente, lo llaman: la sombra que se adelanta a tu signo astrológico. China celebra ese año al Dragón, y la carta celeste de aquella hora, en aquel lugar, lo escribe doble: él es Dragón, con el Dragón como compañero de viaje. Es, aunque aún no se sepa, un Manifestador. Pocos reciben ese destino. Ocho por ciento, si quiere el número exacto. Ocho de cada cien. Justo así. Los demás esperan. Él no. Él se mueve. Su energía no es respuesta, es impulso. Otros deben empujar, tirar, preguntar. Él abre. Sin permiso. Sin deliberación. No por valor, sino por esencia. Él es, sencillamente, alguien de quien el mundo ya sabe antes de que pronuncie palabra. Hace calor aquel día. No un calor común. No un resplandor, no un bochorno. No: un verano que se impone, que devora, que se espesa. Una ola de calor que lleva semanas ardiendo como un fuego bajo la piel de Europa. Días enteros por encima de los treinta. El sudor cubre su piel recién nacida como una película brillante. Todo cruje. Hasta los árboles están cansados. Pero entonces, mientras la ciudad aún respira en su vaho matinal, un rayo débil de sol se refleja en una gota de rocío solitaria que cuelga al borde de una hoja. La hoja tiembla, leve, apenas perceptible. Un pájaro alza el vuelo. Su batir mueve el aire. La gota cae. Allí, en la calle, la gota se estrella en la calva de un ciclista solitario. Se pasa la mano por la cabeza, se estira. Una piedra, un adoquín suelto, Dios sabe qué exactamente, hace que la

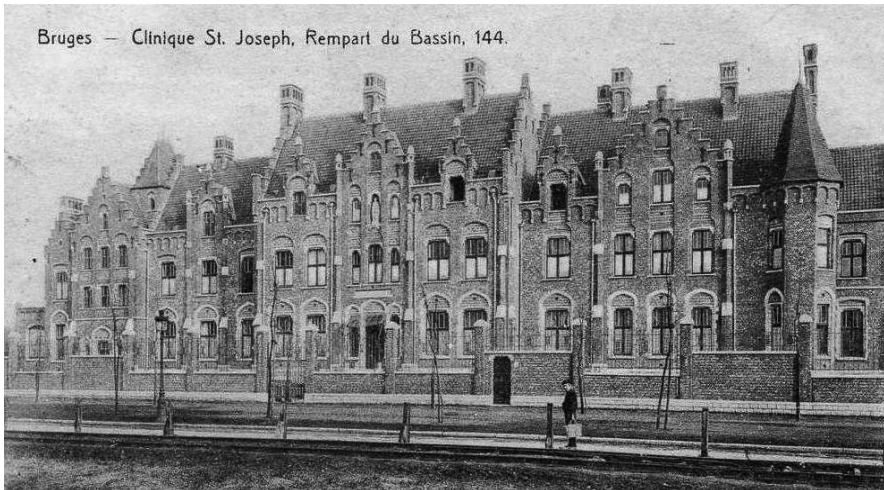
rueda delantera se tambalee. Cae. Un camión se aproxima, cegado por el sol, sin tiempo de frenar. Una vida termina. Una familia se desgarrar. Duelo. Confusión. Testamento.

Lo único que importa es que sucede. Y cómo. Que estaba escrito, no en una carta impresa, sino trazado en polvo de estrellas. Porque todo comienzo tira de hilos. Cada nacimiento es un desplazamiento. Este nacimiento, en aquella mañana, en aquel *hôpital*, bajo ese techo celeste... puso algo en marcha. Él nació, sí. Pero lo que realmente comenzó fue el movimiento. Como Dragón bajo Dragón, como Cáncer bajo León. Es único, del mismo modo en que todos lo son. También usted, estimado lector. ¡Usted es único! No como palabra, sino como hecho. Porque nadie más ha nacido en ese lugar exacto, en ese instante preciso, bajo ese mismo firmamento, como usted.

Está ahí. Sin ruido, sin prisa, sin propósito. Como si surgiera de una grieta en el aire. La gente suele no saber qué decir cuando entra. Se enderezan en la silla. Reformulan sus pensamientos. Algunos se sienten, sin explicación, descubiertos. Él lo nota, pero no dice nada. Convive con ese efecto como se convive con el olor de la propia piel. Simplemente está ahí.

No está hecho para adaptarse. A nadie. No por rebeldía, sino por naturaleza. Él no encaja en algo: pone algo en marcha. Siempre. No es una elección. Es el primer gozne. La mano que abre sin tirar. No necesita permiso. Rara vez lo pide. Ya lo sabe: si se contiene, desaparece. Si se expresa, el mundo empuja de vuelta. La ira no le es ajena. No estridente, sino latente, como brasas antiguas bajo una fina capa de ceniza.

La gente no lo entiende si él no lo explica. Su aura es como una puerta cerrada con algo deslumbrante detrás. Los demás lo sienten, pero no pueden entrar. Lo llaman distante. Él se llama claro. Su impacto se percibe, pero rara vez se traduce. Ha aprendido que si no informa de lo que piensa hacer, se le oponen. Siempre. No por maldad, sino por instinto. O se está a favor, o se está en contra. Nada en medio. Porque algo en él se mueve más grande de lo que los demás pueden seguir.



Brujas, Hôpital des Sœurs Augustines de Meaux. 1904

Informa, sí, a veces. Con calma, con brevedad. Si una sola frase no basta, nada bastará. Y entonces la resistencia cede, como una puerta que al principio se negaba y ahora se abre sola. O al revés.

A veces sospecha que en su nacimiento algo vino con él. No una enfermedad. No un don. Algo antiguo. Como un suspiro que no había inhalado por sí mismo. Un Dragón. Quizá un vampiro. Sí, un vampiro. O algo que se le parece. Algo que ataría el resto de su vida al ideal de la belleza. Su nacimiento fue silencioso, cuentan las historias. Silencioso, pero cargado. Como si alguien, o algo, se hubiera deslizado en él cuando su primer aliento levantó el telón. Su abuela, como todas las abuelas ante el nacimiento de su primer nieto, estaba fuera de sí de alegría. Para ella no hubo silencio. Fue casi una canonización. Aunque, en esencia, lo fue.

Vive en los extremos. Pensar o no pensar. Silencio o fuego. En lo intrínseco: estar presente o desaparecer. El camino intermedio no existe. Los caminos intermedios son para quienes esperan. Pacientes. Él nunca espera. Esperar es una forma de pedir permiso, y no está hecho para eso. En lo extrínseco: o lo adoran o lo desprecian. Eso lo ha comprendido apenas hace poco. Desde que descubrió que es un Manifestador.

La palabra no le dice mucho, pero la descripción encaja. Está aquí para empezar. No para terminar. No para seguir. No para entrar en armonía con las olas. Él es la ola. Los demás, ellos están hechos para responder, continuar, perfeccionar. Para equilibrar. Él no. Él es el fuego en la distancia, y luego la carrera.

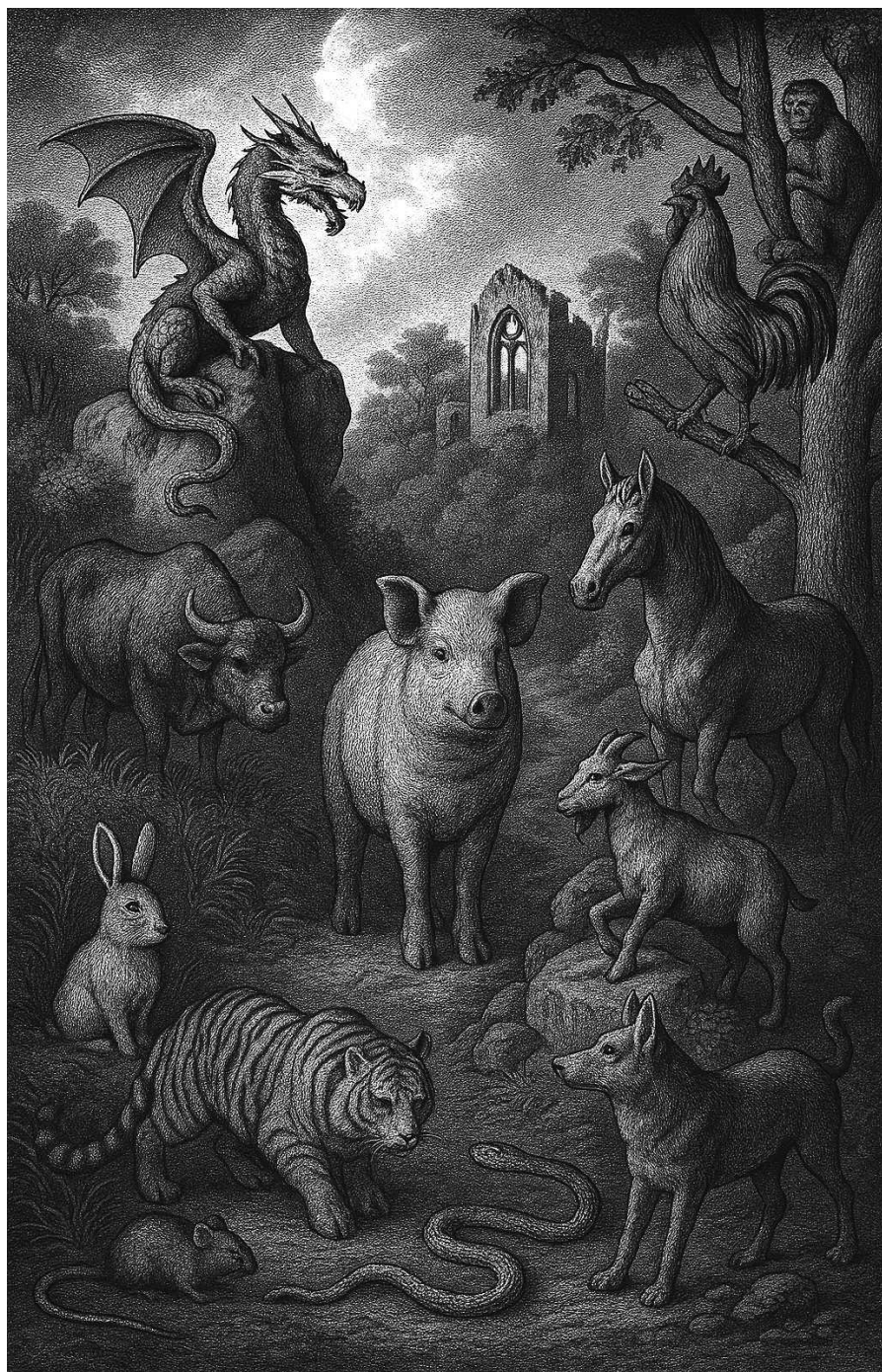
De noche yace inmóvil. De preferencia solo. Y por eso, a menudo, solo. El amor es sagrado. El amor es belleza. El amor es estética. Admiración y asombro. El amor es comodidad. El amor es libertad, su bien máspreciado. «Amarse a uno mismo es el comienzo de un romance para toda la vida», escribió Oscar Wilde. Él busca la orilla de la cama, lejos de todo lo que respira. Incluso un cuerpo dormido en la habitación puede resultarle demasiado. Siente las auras como tormentas. Por eso pone muros entre sí y los demás. No por frialdad, sino por necesidad. Sólo puede sostenerse a sí mismo si no es arrasado.

No vive con dudas, sino con peso. Cada gesto se siente como un inicio. Cada decisión, un dominó. Por eso habla mucho y dice poco. Por eso a veces escribe cartas que no envía y discute con un espejo. Sabe que el impacto de una palabra puede ser mayor que el de una ruptura de diques.

Quien mira bien, lo ve. En su manera de estar de pie. En sus silencios. En el espacio que queda a su alrededor. No lo saben, pero lo sienten: él no está aquí por casualidad.

Ha venido para abrir algo. Para desplazar algo. Para encender algo. Y luego, volver a desaparecer. Es el último vástago de un linaje antiguo, enraizado en la blanda arcilla de Wasquehal, un pueblo de Flandes francés. Por sus venas corre sangre fría, azul, pero con una memoria, una promesa. El lema de su estirpe «Una Verdad, Un Amor» pervive como una compulsión, entrelazada con las fibras de su ser.

La Verdad, para él, no es fría razón, sino reflejo de la naturaleza humana, desnudo y sincero. El Amor, para él, no es pasión fugaz, sino una forma elevada de belleza. Una belleza que se teje en silencio entre árbol y arroyo, entre luz y sombra, en un ritmo en el que la naturaleza inspira.



Los doce animales tradicionales de la astrología china.